

fernando gonzález: el paseante

darío ruiz
gómez

El cuadro de C. D. Friedrich nos presenta al paseante sobre un risco mirando la bruma que envuelve los valles y difumina el perfil de las montañas. El paseante ha salido de su casa y a través del vagabundeo por los caminos del bosque nativo, atravesando torrentes impetuosos, descubriendo el rostro de hombres impresentidos se ha encontrado a sí mismo: lejos de la cárcel de los convencionalismos culturales y sociales, de los muros oprimentes se ha visto por primera vez a sí mismo, es decir ha descubierto su alma. Y ésta no abandonó nunca aquello que el camino y la lluvia, la tempestad y el crepúsculo, aquello que el día y la noche, el trémulo sonido de los torrentes significan como totalidad de un ser que fue disperso por la fría Razón, por la estólida cultura: disperso no, fragmentado. De manera que aquello que descubre el alma llega de nuevo con la fuerza y la violencia con que surge un recuerdo oculto: caminos de arena, meandros, texturas, algas y musgos donde Novalis encuentra las huellas de la parábola humana, el indicio de aquellos dioses que vinieron a sacrificar esas aguas libres, los claros del bosque, allí donde la luna descubre el rostro dormido de Diana.

El yo aparece como un espectro: fosforescente guarda todo aquello que caracteriza al espectro: es fantasmal, pálido como una hilacha de niebla porque de esta palidez es la tela de los anhelos dormidos y es balbuciente como es propio de quien conoció ya la palabra y teme ser herido de nuevo. Pasear es así entrar en soledad: verse a sí mismo en el espacio de esas imágenes amadas, destruídas en nuestro corazón por el carcinoma del hábito y la costumbre: ya no hay nadie que pueda acompañarnos pero el estremecimiento de esta comprobación no es más que el comienzo de una epifanía: la palabra no está en los académicos ni en los funcionarios ni en los filósofos de oficio: la palabra está en el mundo que sueña y detrás de cada palabra gastada por el uso convencional es necesario descubrir aquellas extrañas regiones donde aún habita la pasión y el deseo. A partir del "Wilhelm Meister" de Goethe sabemos que para el joven es necesaria ya la educación sentimental: en "El Emilio" Rousseau nos había dado su aproximación a esta pedagogía donde el joven se inicia en las tareas y deberes que deberá afrontar ante un mundo que no es ya un orden revelado sino algo a hacer; práctica frente a lo indeterminado.



nado: la altivez, el orgullo, la grandeza de alma, la pureza son las armas con las cuales podrá responder a las agresiones de la hipocrecía, la envidia, el cinismo del mundo adulto, de aquello que ya está establecido y se quiere inmodificable. De ahí la sensación de dar un paso en el vacío: se sale al camino para encontrarse a sí mismo. Se deja el hogar para que al verlo con la perspectiva necesaria la verdadera nostalgia nos haga comprender que la morada no es un accidente físico sino una construcción ideal donde habitarán para siempre nuestros sueños y nuestros reclamos, la palabra rescatada.

Esta preparación implica entonces varias tareas, de las cuales la principal radica en hacerse a una tradición propia. El joven sabe que no tiene a nadie ni a nada que responder como no sea a esas exigencias que brotan de su alma: él es el huerto, él es el horizonte. Alejado de la familia su origen comienza en sí mismo: de ahí el hecho de que nociones como patria, frontera, contemporáneos le sean ajenas y extrañas. Sus únicos contemporáneos son aquellos que pueden hablar a su alma: Hölderlin nos habla entonces de una Grecia que si bien jamás vio físicamente sí logró rehacer en la imaginación hasta darnos a todos, huérfanos

de patria real, un sentido de lugar en el tiempo, un linaje que como referencia de la cultura nos eleva por encima de las patrias de circunstancia y darnos así un significado de libertad y una ética. Es la razón de la claridad que Goethe impone luego de ser deslumbrado por el sol mediterráneo, Frente a la deprimente Alemania de entonces, pantanos, miseria, crueldad, niebla, la luz se convierte en una exigencia que irá de la mano de ese sueño de claridad, a cambiar radicalmente el mismo sentido de aquel espacio físico. La belleza contra la barbarie.

Desde esa lejanía adquiere su verdadera dimensión la tarea que falta por cumplir. El rito de iniciación en los valores del orgullo y la altivez acrisolan en el alma la conciencia insobornable de la tarea a cumplir: ya no habrá fatiga ni desvanecimiento y la contradicción será un arma permanente de purificación contra la tentación de los reconocimientos. Quien llegue a identificarse como compañía deberá responder así a esta aura de verdad y de apartamiento, donde la búsqueda de la felicidad es la brújula que vibra merced a la afirmación de la alegría. Se es alegre porque al desvelar lo innominado se accede de este modo a las visiones esenciales de la vida que llama a

la plenitud redentora. Aquí rumorea ya en la noche estival la rama amiga de la ceiba, aquí en el mediodía de la verdad abierta como una herida gozosa, zumban las abejas del conocimiento: la condición de joven ha vencido la fatalidad de las cronologías. Se es eternamente joven porque cada mañana se buscará esa verdad lacerante. Y porque en esta búsqueda quizás no habrá compañía, recompensa distinta a la de la lágrima íntima que certifica que el camino no ha cesado.

No hay límite que no toque ni agreda: Dios, la carne, la sabiduría, el lenguaje. "Qué suprema armonía la de la carne juvenil y el sol de la mañana". Desnudo, el sol, el aire alto y diáfano, el agua lo llevan a comprobar que somos "una sensibilidad que se afina". De ahí la necesidad estoica de la castidad: el ojo que contempla bajo la fuerza seminal a la hembra que retoza, a las muchachas que, impúdicas, dejan que la mañana complete sus cuerpos lozanos: ahí está la sensualidad, en ese límite donde la carne florece como comprobación donisiaca de músculos y venas: el tacto y el olfato recobrados en lo imaginario, en la afirmación goetheana de que toda moral es sensual.

"¡Quieto aquí corazón! Esta boca nos devora y nos devoran estos corazones ansiosos". El "Viaje a pie" es así como en Rousseau la idea de que el aventurero es ante todo un creador de circunstancias: la idea de patria, la idea de Dios, la idea del Otro: de ahí que la palabra brote de la víscera como una repulsa contenida que se desborda bajo la frescura recuperada de las cosas del mundo olvidado: la palabra es trasunto del estar en la vida siendo, y no como pieza de engranaje de una gramática abstracta.

En sus libretas juveniles ya había expresado el deseo de que el hombre fuera el huerto de pudrición de todas las ideas. Pero "Pensamientos de un viejo" (1916) es ya esa expectativa y esa temprana certeza que deslumbra: ejercicio donde se comprueba cuán hondo ha calado en su corazón adolescente aquello que al definirlo tempranamente va por lo tanto a señalarle un camino interior: camino que es abondamiento hacia aquellas nociones esenciales que conlleva toda pregunta propia al extravío y a la perplejidad: "En el universo, sólo en el hombre se encuentra la irregularidad y la tristeza de estar perdido, de la contradicción de sus múltiples deseos".

El camino se hace así noción fija: salimos de él y vamos hacia el hambre y el desamparo como señala Rimbaud —primera paradoja— pero tenemos que salir para poder ver el otro lado de la pregunta: aquél que viene después de describir un crepúsculo, de mirar los ojos húmedos de una

muchacha, de comprobar que efectivamente el filosofar —y no la filosofía— está en descubrir lo que murmura la hoja, el torrente, el pájaro y la máscara de nuestros semejantes: "Amar y abandonar el camino ha sido toda nuestra vida! ¡Pero siempre hemos vuelto! Cada dos años pedimos perdón a Dios y a los prejuicios". Dios es decir la suprema energía que sólo se vislumbra en los momentos de plenitud o sea aquéllos donde la certidumbre como ese sol de la mañana, como las caderas de las mujeres nos embriaga hasta hacernos delirar.

El conocer es así embriaguez y exultación y de ahí el viaje donde el regresar no significa desenvolverse —de ahí la necesidad del prejuicio como un límite que es necesario sobrepasar— si no aceptar lo embriagante que hay en lo que "falta por conocer", en esa tentación de lo que aún no tiene nombre ni figura; por eso el odio a las ideas generales, a un país dominado por este tipo de ideas. Leguleyos, académicos, burócratas ¿cuándo estuvieron acaso cerca de unos de estos aromas primordiales? Códigos, formas que impiden pensarse andando en el íntimo diálogo que nos acerca a Sócrates, a Diógenes, Laercio, a Spinoza, a Anaximandro, etc. o sea a la única y valedera tradición.

La ética bien se ha dicho no va de la ignorancia hacia el conocimiento sino de éste hacia la tarea de realizar aquello que como exigencia está implícito en el conocimiento. El joven González es presa de esa desventura: ha caído en las aguas sin fondo de Schopenhauer pero antes lo ha hecho en la determinación ética de Spinoza, así como su pubertad se inició en el suelo de Heráclito, de Maimónides, de Isidoro de Sevilla: el conocimiento que está antes de los sistemas, de las categorías abstractas y en la ola, ya espuma del Nietzsche donisiaco que lo lleva a buscar la palabra que arde y no la palabra que encubre o seduce. La palabra que está ardiendo bien lo sabemos aparta en soledad.

Tanto "Pensamientos de un viejo" su temprano libro como "Viaje a pie" (1929) constituyen una insólita educación sentimental: ser viejo es ya desmitificar no sólo la fatalidad de las cronologías sino aquello que es aún propio de nuestra cultura: el terror a madurar, a estar sólo asumiéndose. "Es una gran aristocracia hacer de nuestro espíritu el huerto de todas las corrupciones espirituales..." "De este modo no pueden existir antes de nosotros —¿de dónde vino su precoz madurez? ¿seguimos aún en la barbarie? —y cultivar el espíritu no es institucionalizar una "verdad" si no hacerle una llaga a ese espíritu: "Los hombres vulgares, y vulgares son casi todos los hombres no saben guardar las distancias". La idea de vul



garidad, parte definitiva en el diagnóstico social de nuestro tiempo, se expresa en aquello que como espectáculo exterior rodea al espíritu que ha sabido hacerse solitario: gazmoñería, patriotismo, filisteísmo, etc.

“¿Qué diferencia entre estos sabios alemanes y el tipo griego! Este era el hombre que se había liberado de las pasiones, el que había dejado atrás lo fenoménico y vivía una vida sustancial, fuera del tiempo como los dioses. El sabio alemán, el sabio de esta civilización de cocina que tenemos desde la Revolución Francesa, es un devorador de hechos, es un almacén de datos, es una cartera de apuntes, es unos anteojos, detrás de los cuales está una fisiología enferma”. Se establece aquí la diferencia entre el filosofar de los Herr Profesores: la verdad buscada en el extravío, en el límite de un prejuicio reconocido y la verdad momificada: “Así como el alma se prepara para la alegría por medio del dolor, así mismo para poder gustar los sutiles contentos de la vida solitaria es preciso pasar un largo noviciado de tristeza...” Noviciado, riesgo que los Herr Profesores cuidadosamente disfrazarán detrás de una erudición vacía.

“Qué triste todo lo que tiene un significado, una manera”. Porque los códigos establecidos, las clasificaciones académicas rehuyen precisamente

los márgenes del ser: las premisas que hay en toda existencia que se indaga contradictoriamente, yendo hacia un espacio propio. El código fosilizado justifica el poder, lo perpetúa. Lo importante en estos dos libros de adolescencia es que indican ya una temprana voluntad de irreverencia en el sentido de rehuir los términos de un ridículo humanismo presentado como cultura nacional — Monseñor Carrasquilla, López de Mesa, etc. — así como las etiquetas fáciles — “filosofía latinoamericana” — donde se rehuye, repito, lo esencial: la verdadera búsqueda del origen, la palabra encendida que acerca a la imagen primordial: el deseo que sigue siendo deseo, la pasión como ejercicio irreductible de la sangre, un espacio propio — su límite donde encuentren hogar las preguntas incesantemente renovadas, los márgenes incesantemente ensanchados.

¿Existe acaso un lenguaje específico de los “filósofos”? Siguiendo a Montaigne hay que aclarar que ese espacio somos nosotros mismos: “La pire place que nous puissions prendre, c'est en nous...” ¿Definir un “hombre latinoamericano” por la cantidad de aditamentos “raciales” que le acompañan o hacerlo simplemente como otro hombre más que se indaga desde su conciencia? Buscar el origen es alejarse de aquello que supuestamente es origen: geografía o nación, identidad ya que al reconocerse simplemente como ser lo que

se busca es la fuente originaria donde todos los hombres se reconocen: aquella perpetua infancia de la humanidad donde Nietzsche encuentra de nuevo —siguiendo a Hölderlin— la presencia de lo trágico, las razones inmortales de Dionisos, la risa, el olvido, la medida del dolor.

¿Cómo expresar esta educación con las palabras de los filósofos de oficio? Despojarse de esas palabras huecas, de esas fatalidades geográficas es entonces aceptar ya lo que es propio al pensamiento soberano: no sólo el exilio —como un hecho interior— sino la contradicción, o sea el infierno propio en un lenguaje que aspira a recuperar la verdadera experiencia de los hombres, esa larga tradición de caídas, negaciones, miserias pero también afirmaciones en la fiesta, en la risa, en aquello que se anuncia como símbolo en el cuerpo fragante de las muchachas.

¿Inconexo? ¿Incoherente? Coherente ha sido el discurso de la ciencia, de lo político justificando el genocidio. Coherente es el lenguaje de los filósofos de cátedra huyendo de aquello que comporta como riesgo la posibilidad de un discurso liberado. Coherente es el discurso del país oficial viviendo de espaldas a la diaria masacre, al crimen abstracto, a la degradación de lo íntimo: ¿qué diríamos entonces de algo tan incoherente e impuro como el "Tractatus Logicus Filosoficus"? ¿Dónde tendríamos que dejar entonces las notas de Alain, los balbuceos de Cioran?

La soberbia del joven atesora principios intangibles de vida, secretas normas de conducta, capacidad ilimitada de soledad entendida como un margen que nunca cesa —por eso su pensamiento no cabe en la forma— loca y desahogada búsqueda de la belleza: el hecho de que no esté representado en las antologías de filosofía, por ejemplo nos demuestra no que fuera ajeno a la reflexión, a la exigencia del pensamiento sino que permaneció alejado de los filósofos a sueldo, ajeno al fetiche empolvado de las nuevas escolásticas, a esa comodidad pedagógica de reducir la filosofía al aséptico lenguaje de la información.

De ahí el hecho de que nada es cómodo en su pensamiento y por el contrario supo disponer las cosas de tal manera que ni siquiera en ausencia pudieran tocarlo los helados reconocimientos oficiales. En esto fue fiel hasta el final a los extravíos del conocimiento liberado, ese riesgo que tan tempranamente logró alejarlo de la eterna zarzuela de la cultura oficial.

Porque en un hombre contradictorio —o que llega a ser él mismo todas las contradicciones— como Fernando González lo que llamaríamos de manera simplista su discurso— la necesidad del

lugar común, siempre —llega a ser tan vasto tal como puede ser vasta la geografía de una gran pasión. Pero la medida de la pasión está dada en su intensidad por la intensidad misma del conocimiento. Y el conocer —aquello que suele olvidar la immaculada legión de los catedráticos— supone un obstáculo: no es "el haber leído a Heidegger" y repetirlo como un perico hasta reducirlo a una vacía información académica sino el llegar a descubrir que en los enunciados heideggerianos, está implícito aquello que nos lleva a descubrir bajo nuestro propio manto de estrellas, bajo nuestro propio bosque y claro, bajo la fatalidad del nativo lenguaje aquello que es presencia y ausencia, ser o el ser siendo, etc.

O sea el llegar a las mismas comprobaciones no ya con las asépticas palabras de los filósofos de oficio, de la filosofía de academia sino con las palabras que están en la vida misma que ya es un enunciado. Actitud de desvelo que suele confundir a quienes creen aún que la filosofía no es un desgarramiento sino una abstracta información.

Las hablas de Fernando González se superponen y hasta podríamos decir que establecen secretas jerarquías de sus momentos, de los índices de sus pensamientos: pero sabemos entonces que aquel lector que es capaz de enfrentar este reto, esta vorágine —la vida no tiene pausas— apenas está naciendo ya que la lectura está hoy dictada por el prejuicio o por esa forma suprema de extrema ceguera que es el falso amor que quiere, no abrirse al fulgor de la verdad que nos propone esta vertiginosa lectura, sino tratar de hacer creer que ese discurso es uno y no varios; y por lo tanto es parte del prejuicio que quiere asimilarlo para sí, negando las posibilidades de liberación que supone esta vorágine donde nos desprendermos de nuestro viejo pellejo.

Presos como estamos en un falso tiempo histórico es el prejuicio y no la voluntad de claridad lo que nos ahoga. Dejar el prejuicio sería aceptar aquellos riesgos que esas hablas nos proponen no como magisterio —"yo no creo discípulos, yo creo solidarios" —sino como la posibilidad de adentrarnos en un espacio vital que nos propone para su lectura otra lectura, otro ánimo, otro vivir, Tarea ética que por desgracia el lector ha olvidado. O que apacigua, repito, tratando de amansar sus aguas bravías, eliminando sus contradicciones, reduciéndolo a un edulcorado magisterio donde la urbanidad niega la caída, la imperfección del solitario que se niega a ser de tino, mármol conmemorativo.

Por eso es necesaria la visión que sólo la mirada nueva y responsable puede dar o sea aquella que nace no del prejuicio, de la intolerancia o



falso amor sino de la afinidad encontrada súbitamente en el sentido aquel que Bachelard concede a todo libro verdadero: el ser una carta abierta. Para poder descubrir así la esplendorosa palabra anhelada, aquella que concede dimensión a la pasión de ser, a la duda como el horizonte sostenido de la eterna pregunta: aquella que es expresión de una virtud hace tiempo en desuso, la pasión moral.

Lo importante aún cuando parezca paradójico reside en la manera con que esta actitud, rigurosamente debe poner en claro la estructura académica de González —aquello por cuya supuesta ausencia algunos le niegan el calificativo de filósofo— Ontología, Lógica, etc. Estructura que el habla de González en el vivir siendo, difumina bajo la fuerza avasallante de su lenguaje otro, bajo la intensidad de su imprecación, de los límites que crea haciendo que la palabra nativa —el ignorado eco de nuestra genealogía— sea trasunto de una experiencia particular de vida sí pero a la vez logrando que en ella habite aquel universal que es noción de agonía, de la vida como un contenido, noción de presencia y ausencia, constatados sin embargo bajo las sombras del árbol familiar, de las aguas nativas.

El saber adquirido debe enfrentar el obstáculo —la Historia, la geografía, el amor: esos lími-

tes ineludibles— para alcanzar la dimensión del conocer que llaga. Y que al llagarnos nos deja en la tierra de nadie, en esa ilimitada pradera de lo que debe ser alcanzado, quizás como certeza, quizás como imagen postrera y en el cual el fata morgana de la felicidad oscila como esas imágenes borrosas que la mañana luminosa ofrece al diario desconuelo. Aquí reside el aporte singular: la tarea —nos recuerda de González— debe enfrentarse asumiendo aquello que aparece como el obstáculo a vencer —de ahí la necesidad de conocer a fondo el saber construido— para poder dar significado a una ruptura. Y al penetrar en ella recordar aquello que dice Blanchot: “El conocimiento quiere entregarse a todas las posibilidades, para superar cada una de ellas, pero Nietzsche no se limita a conocer, tiene que convertirse en eso de que habla”.

Con lo cual la vorágine del pensamiento, el vértigo del instante asumido alcanzan su verdadera dimensión, son la parábola donde nos acercamos a lo humano recuperando el espacio sagrado. Esa parábola donde el rigor, es pues la manera de enfrentar la dispersión vacía, la gratuidad, la bonhomía —el falso caer— para ser aquello que el habla liberada nos propone.

Hacerse filósofo es hacerse en el contemplar; único camino que desde la perplejidad nos condu-

ce hacia el permanente deseo de claridad. De estos caminos: el espejismo de la llamada vida promedio la inteligencia no se esteriliza al escoger falística, el espejismo del reconocimiento oficial, el espejismo de confundir la afinidad —que sólo se da como compañía de camino— con la complacencia familiar o la fúnebre comprensión oficial. El camino nos ha hecho en soledad y quien se acerca en soledad es parte de la luz de esas verdades cotidianas donde se aloja lo que ya está revestido del aura de lo humano. El joven Fernando González ha escogido en esa soledad su compañía: Anaximandro y Lucrecio, Pascal y Montaigne, Spinoza y Diógenes Laercio, San Isidoro de Sevilla y Maimónides.

Ellos hablan en la interioridad recuperada, en la interioridad convertida ya en morada de lo sagrado. Y es donde esta perspectiva de la única tradición posible para un joven filósofo, recuperada —“Yo no imito a los antiguos, busco lo que ellos buscaban”— desde donde la mirada sobre el mundo, la Historia adquiere entonces un significado válido ya que la ira no es histeria retórica sino indignación ante el expolio de la verdad, ya que la crítica a lo engañoso no es un ejercicio de estilo sino realmente la expresión de un contenido de vida. La palabra responde así a una lacerante búsqueda donde el escribir se convierte en el supremo esfuerzo ético. La filosofía es un camino de deshacimientos y no la cómoda receta al uso de profesores sin imaginación, de catedráticos y académicos, repitémoslo, dueños de una sabiduría hueca en los cuales la palabra —Tránsito hacia la luz— estuvo a punto de morir.

“El filósofo —nos recuerda Doña María Zambrano— es aquél que habiendo conseguido detener el sol como Josué, sabiendo ya que el sol no se detiene, quiere adelantarse a su curso. Y así, si no logra pararlo, logra lo que es decisivo para él: estar ya ‘allí’ cuando él llegue”. Y en ese tránsito de caídas y sorpresas, de tentaciones y hallazgos donde decide ser un dios rescatando de este modo el fuego de lo sagrado que había perecido en medio de la vulgaridad, buscará para los demás mortales ese mismo desecho a lo sagrado. Ahí estará por fin el hontanar: de ahí saldrá el lugar sagrado; ya que éste, venimos a reconocerlo, es el origen del cual se ha partido para buscar la razón de la vida, la risa de las muchachas, el desconocido escorzo de la Belleza.

Para estar entre los hombres se hace necesario haber estado lejos de los hombres, para estar en otra parte es necesario haber estado lejos para, al regreso, certificar así los linderos de la verdadera y única morada: el paraíso ya está en el lugar nativo, entre los árboles amados, entre los aromas que embalsamaron los pulmones de la juventud

cerca a las aguas nutricias que son imagen y memoria de las antiguas sentencias donde se nos recuerda que estar vivos es estar solos para que de este modo las palabras siempre estén en el comienzo y el texto que certifique el tránsito en la vida sea no una obra sino una epifanía. Enfrente queda la tarea de dilucidar aquello que el mundo entraña como acontecimiento y como suceso, las implacables cargas que conlleva el hecho histórico o sea la conducta, el lenguaje de los contemporáneos. La palabra, como dice Ossian, que no es, la palabra falsa que seduce porque carece del dolor propio de toda certidumbre. Ni es la palabra del falso profeta que carece de dudas y tropiezos.

El mundo así se constituye en una ardua tarea moral, el lenguaje así pasa a ser una brega constante por la claridad, de la cual brota la inabundante esperanza de los hombres que discurren al margen de la Historia y a los cuales la palabra liberada les brinda un espacio de vida. Porque la vida y no nociones abstractas como la Filosofía o la Literatura con mayúsculas es la premisa de la cual parte esta tarea: “Bienvenida oh vida ¡Por vigésima vez salgo a buscar la experiencia de la realidad...”.

El joven tiene los ojos llenos de claridad, de su corazón brotan todas las palabras de la magnanimidad, el implacable celo moral de los ángeles. Desmontar las falsas apariencias que la mentira ha levantado delante de los ojos supone un vértigo ante el vacío: por eso la crítica es ante todo crítica de sí mismo, compasión secreta de sí mismo. Por eso la crítica del mundo establecido es a la vez la exaltación de aquello que la palabra falsa desconoció, la risa de los jovencitos, el canto irrefrenable de lo dionisiaco: o sea alegrías sin jerarquías, que es plenitud.

Provisto de estas armas, instalado en el fresco albor de la vida el joven se ha hecho filósofo desde la vida y con la vida y esto es lo que lo hará insobornable y radical, apasionado y magnánimo, contradictorio y humano en la piedad. Dos libros como “Pensamiento de un viejo” y “Viaje a pie” señalan en la cultura colombiana un proceso personal que ahondará con los años el territorio de las pesquisas acerca del ser, responderá con el arma del sarcasmo a las procacidades políticas de un país provinciano hasta lo indecible, para indicarnos hoy más que nunca una tarea de despojamiento interior, de firme responsabilidad ética ante el escarceo de nuestra inefable “República de las letras”. Palabra viva que nos rescata en el hecho puro de la vida que no admite rótulos, ni definiciones y por eso cuando lo demás se ha cerrado melancólicamente, él sigue abierto hacia el imperativo de la luz.